La cultura del consumo

Carlos Pereda

José Miguel Marinas, La fábula del bazar. Orígenes de la cultura del consumo, La balsa de la medusa, Machado Libros, 2001.

Con frecuencia buscamos tranquilizarnos creyendo que acciones como la de ir de compras -comprar alimentos, bebidas, ropa, adornos, libros, un autor, una casa...- articulan acontecimientos sencillísimos, incluso transparentes: medios para otra cosa y nada más. De esta manera, la historia del consumo se reduciría a un punto casi invisible en un rincón de los días: tenemos necesidades y las satisfacemos realizando una copra. Fin de la historia. ¿Para qué ocuparse de ese sobrentendido, de esa nimiedad?
En este libro, José Miguel Marinas rápidamente deja a un lado tal caricatura, seguramente resultado de un vértigo simplificador menos inocente de lo que parece. En su lugar, desarrolla una minuciosa investigación para indicarnos que el consumo no se reduce a un medio. Por el contrario, es, ante todo, un fin: toda una cultura. En el consumo encontramos formas de vida interrelacionadas en las que no faltan retorcidos rituales y sus correspondientes magias -el "fetichismo de la mercancía"- que urge descifrar paso a paso: "Las pautas de la sociedad de consumo afectan a las formas de vivir en su conjunto, marcan el estatus y el rango, las identidades de clase, edad, género, y también sus metamorfosis, migraciones y mestizajes...; abarca la totalidad de los espacios de la vida y todas las dimensiones de la persona".

Pero ¿no exagera Marinas en el giro "todas las dimensiones de la persona"? De ningún modo. Al respecto, quizá podríamos hablar de una "confesión del consumidor", más informativa y más sincera que muchas confesiones (lamentablemente, tal vez más informativa que la "confesión del ciudadano"): "Dime qué consumes y te diré quién eres. Porque en tu consumo nos muestras cómo respondes a tu vulnerabilidad, a tus vulnerabilidades: cómo las representas; qué haces con ellas para conformar tu carácter y tu vida".

Vulnerables han sido siempre los animales humanos: ésa es la manera en que somos. No obstante, en cada época y lugar esta situación práctica en la que inevitablemente nos encontramos ha sido tratada de modos muy variados. Por

eso, este libro de Marinas también puede leerse como una historia de cómo se ha respondido a la vulnerabilidad humana en los tiempos modernos, en particular, en Europa. (En estas indagaciones una vez más faltan los latinoamericanos. Para limitarme a algunas ilustraciones literarias llamativas, recuerdo los avisos para la leche cuajada de Borges y Bioy Casares, la labor de las agencias de publicidad de Álvaro Mutis, o ese teórico de las culturas "menos visibles", entre otras, de la cultura del consumo, Carlos Monsiváis.)

Las fábulas del bazar que Marinas razona son complejas, y tienen en cuenta a diversos estudiosos del consumo (los antropólogos, los sociólogos, los politólogos...). No obstante, parte de la fascinación del libro reside en el hecho de que Marinas también atiende qué tienen que informar algunos de los más astutos testigos del bazar.

Uso aquí la palabra "testigo" con su enorme sobrecarga, tanto bíblica como judicial, para referirme a Simmel, Benjamin, Mauss, Bataille, Ortega, Gómez de la Serna. Sí, todos ellos son testigos, por un lado, de inspirados rituales. (¿Qué se parece más a una iglesia que un gran almacén, que una gran tienda? Ambos son lugares del deseo que fantasea, delira y se multiplica, sin acabar nunca por satisfacerse. Después de los fracasos o, al menos, de los muchos resbalones de los proyectos políticos de la Ilustración, las maneras más fáciles, más a la mano, que una persona dispone para inventarse a sí misma en la publicitada "posmodernidad", ¿acaso no son ciertas religiones o el consumo?) Por otro lado, estas figuras que se interrogan también se nos vuelven testigos en el sentido policial, testigos de no pocos crímenes; las sociedades del consumo no sólo son culturas; también son, acaso ante todo son, fábricas de creciente barbarie.

De la mano de Marinas me detendré en un testigo privilegiado de la cultura del consumo y su barbarie: Walter Benjamin. Entre otras razones, debemos tenerlo en cuenta pues -si no me equivoco- las perspectivas que Marinas implícitamente reconstruye en Benjamin conforman también algunas de las más frecuentes técnicas de trabajo del propio Marinas. Paso a formular explícitamente tres de ellas, muy interrelacionadas entre sí.

Técnica 1. En cualquier situación, cuando se la investiga, se trata de explorar también en los márgenes, a contraluz..., lo significativamente no dicho. Como señala Marinas: no hay que pasar por alto "la otra escena, el relato que queda oculto tras su apariencia"; o "técnica de desocultamiento".

Por ejemplo -comenta Marinas- cuando Benjamin en los Pasajes elabora el paisaje primitivo del consumo está "revelando" (en el sentido más fotográfico del término) la "fantasmagoría" de la mercancía. Así, en la producción de lo perpetuamente nuevo, Benjamin descubre inscrita la regla de la repetición incesante, del siempre es bueno más de los mismo.

Así, aparecen en el negativo de la foto a todo color de progreso, los viejos deseos que, en su mezquindad, nos acorralan: la ruda inspiración de la prehistoria de esos animales depredadores que no hemos dejado de ser (¿qué nunca acabaremos de ser?).

No obstante, sería una distorsión (insiste Marinas contra Adorno y Wollin) defender que "la otra escena" se reduce al regreso de lo mismo" y nada más. Pues también hay que ser capaces de percibir lo genuinamente nuevo, -para citar a Benjamin-"liberar las fuerzas enormes de la historia que están adormecidas en el érase una vez de la narración histórica clásica".

Marinas usa en varios pasajes de su libro esta técnica del desocultamiento. Así, en el capítulo que se dedica al consumo en el teorizar de ese amigo de Benjamin, Bataille, se introduce tal técnica para rescatar lo culto en las presencias más ahí, más "a todo color", más sentimentalmente espectaculares. Así, para Bataille: "Toda obra de vida encierra la obra de la muerte. Toda presencia de lo profano, de lo instituido, abre a la otra dimensión de lo inasible, lo sagrado. Toda obra de producción tiene su revés como obra de despilfarro".

Regresemos a la discusión del testimonio de Benjamin y formulemos ya la técnica 2: no se debe permitir que la presencia de la totalidad (siempre parcial y manipuladora de las apariencias) nos abrume, aprisione nuestros movimientos; o técnica de la tensión parte-todo.

La relación parte-todo no debe, pues, suprimir o siquiera mitigar sus desajustes. Marinas recuerda el siguiente pasaje del comienzo de El origen del drama barroco alemán de Benjamin: "El valor de los fragmentos del pensamiento es tanto mayor cuando menos inmediata resulte su relación con la concepción básica correspondiente."
Para practicar este arte del fragmento -que Benjamin y Marinas conocen tan bien- hay que controlar nuestras frecuentes ansias de abstracción y, por esta vía, detener a cada paso el carro barranca debajo de la generalización apresurada. Sólo de esa manera podremos atender como se lo merece cada

situación particular. Al respecto, Benjamin señala que el contenido de verdad se deja aprehender mejor en los pormenores. Para llevar a cabo esa tarea de "amor por los particulares", entre otras tareas, no se debe olvidar el cuidado de las palabras.

Marinas advierte acerca del los frecuentes usos falsamente generalizadores, "estereotipados" del lenguaje, por ejemplo, cuando se recorre la historia como un maestro obtuso y enojado que busca calificar las diferentes épocas con palabras demasiado gruesas como "decantes", "desventuradas", "progresistas", "felices"... Son las etiquetas de la convención que no dicen nada, aunque, eso sí, envenenan la conversación con pensamientos falsos.

También Marinas posee mucho cuidado con las palabras en el "epílogo para españoles" de este libro -las discusiones sobre Ortega y Gómez de la Serna. A partir de la técnica de la tensión parte-todo se aclaran varias perplejidad releyendo la "contradicción" en el "todo" imposible de Ortega. "el sostenimiento de la casta, de la identidad del linaje" -¿de la España esencial, vertebrada?- por un lado, y la "lógica de la mercancía", ¿del mundo moderno?, por otro. Pero también hay que detenerse en las observaciones más singulares, más puntiagudas de Ortega, digamos, sus indicaciones acerca de la poca capacidad de "venderse" que tiene -¿o tenía?- el español. (Este vicio se hereda y multiplica por doquier en América Latina para convertirnos en una anacrónica aristocracia del puro gesto expresivo que conduce al desastre.) tampoco hay que pasar por alto las hondas meditaciones ortegueanas sobre la vida como "en sí misma y siempre en naufragio".

Vayamos a la última técnica de Benjamin-Marinas que quiero todavía retomar, la técnica 3: pese a los fracasos recurrentes, incluso los más radicales, se debe estar alerta ante lo nuevo, frente a las situaciones del tipo "estar en el umbral", o técnica de los umbrales.

Esta técnica es una eficaz herramienta para interrumpir el inevitable siempre es bueno más de lo mismo de todo sectarismo (incluyendo cualquier tradicionalismo, pero no sólo). Al respecto, no resisto citar un texto de los Pasajes de Benjamin que Marinas recuerda (y que casi siempre, por algo será -¿por qué se ha "etiquetado" en la Academia la mercancía "Benjamin" como un "teórico de la memoria?-, se pasa por alto): "Nos hemos vuelto muy pobres en experiencias de umbral. El adormecerse es tal vez la única que nos queda (pero también el despertarse). Y finalmente la manera en que varían según umbrales las metamorfosis del sueño, fluctúa el vaivén de la conversación y

las variaciones sexuales del amor."
Este pasaje de algún modo concluye señalando, no sin cierta melancolía: "No sólo de los umbrales de esas puertas fantásticas, sino de los umbrales en sí, gustan los amantes, los amigos de sacar fuerzas. Las prostitutas, en cambio, aman los umbrales de estas puertas de sueño."
Si no me equivoco, Benjamin termina por conceder lo que comienza un poco por negar. Porque si, pese a que entonar las tradiciones de la secta a menudo acarrea buenos dividendos, no obstante, a nadie le faltan diversas posibilidades de experimentar umbrales. Acaso dejaríamos de ser humanos sin ellas.

Marinas comenta este pasaje de Benjamin tan enigmáticamente como el pasaje mismo: "El punto de llegada tiene que ver con las reconstrucción de un espacio social que se convierte, si se me permite la expresión en analogatum princeps."
Creo que no voy por el mal camino si califico el proceder entero de Marinas en este libro, su constante movimiento en la mirada que posibilita una disruptiva frescura para establecer conexiones inesperadas, precisamente como (si se me permite el exceso de pompa) una metodología del analogatum princeps.

En este metodología contra la repetición incesante -incluyendo aquellas repeticiones que cada temporada improvisan las modas más fugaces, o que nuestra arrogancia está siempre a punto de inventar-, las tres técnicas reconstruidas se envían las unas a las otras, se sobrelapan, se apoyan, se complementan. La "técnica del desocultamiento" a menudo nos descubre que lo que creíamos como una totalidad no lo era: nos encontrábamos frente a la apariencia o el fragmento. Ello nos remite a la "técnica de la tensión parte-todo". El "todo" nunca se encuentra en reposo, en tranquila armonía: mientras hay vida siempre habrá partes que faltan y otras que no encajan del todo (que nunca encajaron o que no encajan, porque se hincharon o se hicieron muy pequeñas o demasiado escurridizas...). Porque inevitablemente, pese a que nos gusta abrazarnos en la repetición de la razón arrogante, muchas mañanas nos interrumpen con puertas insospechadas: nuevos desastres, nuevas soluciones, nuevos amores, nuevas observaciones, nuevos adioses, nuevos deseos, nuevos pánicos, nuevas muertes, nuevos nacimientos... Ésta es la lección de la "técnica de los umbrales". En este sentido, Marinas al contarnos fragmentos de fábulas de algunos bazares de la modernidad, nos ofrece, a la vez, pedazos del rompecabezas del verdadero gran relato que subyace a todos los otros relatos: cómo nos perdemos y nos recuperamos cada día y cada noche, cómo a cada

paso sucumbimos a nuestra vulnerabilidad y también, con razones y coraje, la retamos, nos retamos.